Para citar o enlazar este recurso, use: http://hdl.handle.net/11191/7358

Racismo y ciudadanía:

conflictos de vivienda e industria en una ciudad estadounidense

Georg Leidenberger
Universidad Autónoma Metropolitana/Azcapotzalco

ANUARIO DE ESPACIOS URBANOS, HISTORIA, CULTURA Y DISEÑO ISSN digital: 2448-8828 No. 6 enero-diciembre de 1999.

En este libro, Thomas J. Sugrue[1] explora las causas de la crisis económica y de la división racial en la ciudad de Detroit, definiéndola como una entidad en decadencia. Desde la Segunda Guerra Mundial, hasta hoy en día, esta metrópoli —ubicada en el medio oeste estadounidense— ha tenido un proceso de transformación, que pasó de ser un símbolo del auge industrial del país a ser la representación de la patología de la urbe norteamericana. No hay ninguna otra ciudad, en este país, donde se observen tan drásticamente los efectos de la llamada desindustralización; el cierre permanente de fábricas deja a los trabajadores sin empleo y sin perspectivas futuras. Lo anterior se constata ante la evidente división racial que se percibe en el paisaje geo-social de la ciudad. Las áreas urbanas son las más afectadas por el desempleo, la falta de servicios y la carencia de vivienda adecuada; además, estas zonas son exclusivamente habitadas por negros, mientras que las zonas periféricas —con más desarrollo urbano—, son habitadas por blancos y sólo existen algunos enclaves de negros de clase media.

Es pertinente señalar que el análisis que realiza Sugrue en su libro, uno de los primeros trabajos propiamente históricos (y no sociológicos o populistas) sobre la decadencia urbana de la posguerra. El autor analiza tal transformación a través de dos factores esenciales en la vida de la gente de Detroit: la vivienda y el trabajo. Muestra como las divisiones raciales quedan nítidamente marcadas en el mapa geo-social de la vivienda y la industria entre los años cuarenta y los ochenta, y cómo estos factores fueron centrales en la política local.

Este análisis explica la crisis de este importante centro industrial (desindustrial) y hace un importante diagnóstico de los problemas más graves de la sociedad norteamericana contemporánea: una divi-

Reseña de libro: Thomas J. Sugrue, *The Origins of the Urban Crisis: Race and Inequality in Postwar Detroit*. Princeton University Press, 1996

1. Edición que a la fecha ha ganado los premios más destacados de la academia estadounidense, incluyendo el premio Bancroft y el premio del mejor libro de la Asociación de Historia Urbana.

ANUARIO DE ESPACIOS URBANOS, HISTORIA, CULTURA Y DISEÑO ISSN digital: 2448-8828 No. 6 enero-diciembre de 1999.

sión racial, esencialmente, una economía "pos n-dustrial" que, a pesar de un aparente éxito y crecimiento, deja de lado las necesidades básicas de empleo estable y bien renumerado; y, f nalmente, una fuerte desilusión de la sociedad civil respecto de su gobierno.

Sugrue muestra los distintos mecanismos que han mantenido y aumentado la segregación racial de la vivienda urbana. El autor concuye que tanto la política gubernamental como las fuerzas dentro de la sociedad c vil, contribuyeron a cimentar la división racial en Detroit. La política gubernamental de vivienda tuvo gran importancia en los años posteriores a la guerra, ya que el regreso de miles de soldados de los campos de batalla de Europa y Asia y el arribo reciente de negros del sur del país (rec utados por las fábricas de Detroit), causó una gran escasez de vivienda; ante ello el gobierno federal intentó resolver dicha escasez de dos maneras. Por un lado, apoyó a las familias particulares con créditos públicos para la construcción de casas, ubicadas generalmente en nuevas áreas periféricas de la ciudad. Los beneficiarios fueron principalmente gente de la clase trabajadora, compuesta por los hijos y nietos de los inmigrantes de principios de siglo. Por lo tanto, en la ciudad de Detroit de la post-guerra, la vasta mayoría (más de 90%) de sus habitantes fueron propietarios de sus casas. Por otro lado, el gobierno comenzó un programa de vivienda pública dedicado a construir edificios de departamentos. Ambos programas, concluye Sugrue, discriminaron a los negros y aumentaron la segregación racial en esta ciudad.

En relación a la vivienda particular, la Agencia Federal para Créditos a Propietarios de Casas (Home Owners Loan Corporation, HOLC) autorizó créditos de construcción sólo a gente de zonas con pro piedad "estable". Únicamente la ausencia de "población de menor grado", un eufemismo de "negros", desde el punto de vista del gobierno, aseguró tal estabilidad de propiedad. Así, mientras el gobierno federal apoyó de manera sin precedente la construcción de vivienda de blancos de todos los niveles sociales, dejó afuera del programa a los negros de Detroit.

En cuestiones de v vienda pública la actitud del gobierno fue más ambivalente. Por un lado, se adhirió a una política de "separados pero guales", construyendo edificios para blancos y negros, respectivamente. En la práctica, tal programa fue un fracaso total. En el corto plazo, la construcción de vivienda pública negra llevó a muchos de ellos a abandonar sus viejas casas, empeorando con ello la cris s habitacional. A largo plazo, la construcción de grandes edificios de vivienda en zonas negras altamente pobladas, sólo contribuyó a hacer más difícil la vida en los *ghettos*. Los intentos por parte de la agencia federal de construir edific os para los negros en zonas fuera del *ghetto* —normalmente zonas en decadencia fracasaron debido a la resistencia del gobierno local y de los residentes blancos. Por lo tanto, en las décadas de los cuarenta y cincuenta, la población negra de Detroit se duplicó sin conseguir nuevo espacio de vivienda.

Como se percibe, en el caso de la vivienda pública, fue mayor la hostilidad de la sociedad civil blanca la que dificultó la vida de los negros en Detroit, que la política del gobierno federal. Sugrue muestra la variedad de mecanismos que emp earon los residentes blancos para mantener la exclusividad racial de sus barrios. Por ejemplo, insistieron que cualquier contrato de venta de una casa debía incluir un convenio (*covenants*) que obligaba al dueño a no vender a gente de otra raza. Además, grupos vecinales (organizados en las llamadas asociaciones para el mejoramiento de la vecindad), se

dedicaron a poner en vigor tales estándares. Entre 1943 y 1965 los blancos de Detroit fundaron no menos de 192 organizaciones vecinales. Es evidente que la "lógica del mercado" de bienes raíces tuvo implicaciones claramente racistas. Bajo el mandato de estabilizar los valores de propiedad, asociaciones de corredores siguieron la doctrina del *covenant* y así excluyeron sistemáticamente a los negros de los barr os blancos.

Los residentes de zonas de blancos usaron, además, recursos políticos. La oposición a la construcción de una vivienda pública para negros, por ejemplo, provocó una movilización social impres onante Miles de personas firmaron peticiones, escribieron cartas a sus representantes gubernamentales y publicaron panfletos. Además, votaron por el partido conservador, a pesar de que Detroit, a nivel nacional (ya desde la política del Nuevo Trato del presidente Roosevelt de los años 30) votaba por los demócratas, a nivel local votó por alca des republicanos, los cua es apoyaron una política racista en cuestiones de vivienda. A veces el gobierno logró alcanzar una política de vivienda pública sólo por medio de fuertes compromisos. Cuando surgieron rumores de que el gobierno federal iba a dar créditos a gente de un barrio negro, los blancos de los barrios colindantes insistieron en que se construyera un muro (!) separando ese barrio del suyo. Los muros de la Guerra Fría no sólo se hallaban en Berlín...

Cuando se daba el caso de que la situación política cambiara en contra de los blancos, la sociedad civil blanca incrementó su militancia y optó por actos violentos; como sucedió en los años cincuenta, cuando la Suprema Corte de Justic a, en el caso de *Shelley vs. Kramer*, consideró que las cláusulas antinegras de los *covenants* eran anticonstitucionales. Con ello, en teoría, un negro podría adquirir cual quier casa en la ciudad. Sobre todo la clase media negra, cansada de vivir en los *ghettos*, empezó a buscar vivienda en otras zonas. A mediados de los años sesenta, el gobierno federal se declaró a favor de la integración racial y apoyó los derechos civiles de la población negra. A nivel local, los negros de Detroit alcanzaron gradualmente más poder político. No sólo el Estado, sino también un grupo de inmobiliarias dejó atrás la f losofía de la segregación racial. Los llamados *Blockbusters* descubrieron la manera de capitalizar los antagonismos raciales. Invitaron a una familia de negros a comprar una casa en una zona b anca, y después hicieron público tal hecho entre os vecinos blancos con la esperanza de instigar un ambiente de pánico entre ellos motivándoles así a vender rápidamente y a bajo precio sus casas. Otro recurso de los *Blockbusters* consistió en pagar a una muchacha negra para que anduviera con su bebé en una calle blanca. Por otro lado, los corredores de vivienda promov eron esas zonas como racialmente integradas y así lograron sacar un precio alto de los compradores negros.

A partir de estos cambios, que se dieron alrededor de finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, fue que los vecinos blancos organizaron campañas cuasi militares para defender sus barrios. Especialmente fueron trabajadores blancos —que no pud eron pagar las casas caras de los suburbios , quienes intentaron defender sus manzanas de los "incursionistas". Sugrue analiza, con gran cuidado, esta movilización popular. Ins ste en que la intimidación y violencia que surgió en contra de vec nos negros no fue un fenómeno de pocos extremistas, sino que tuvo el respaldo de toda la comunidad blanca (en la cual las mujeres, sobre todo amas de casa, jugaron un papel central). Demuestra, ade más, que dicha reacción violenta se derivó de una visión coherente, racional, basada en una lógica de derechos de ciudadanos y patriotas. Los militantes

blancos justificaron sus acciones por medio de sus derechos constitucionales: como la protección de la propiedad privada y de la asociación libre ("tengo el derecho de decidir con quién vivir"). Una conciencia racial/nacional, como americanos blancos, dio coherencia a estos grupos, dice Sugrue, entre los cuales, irónicamente, dominaron hijos de inmigrantes. Al oponerse a un grupo todavía más excluido que ellos (los negros) y al adoptar una identidad racial hegemónica (blanca), los inmigrantes sintieron una mayor pertenencia a la nación norteamericana.

Una virtud de este estudio reside en la conexión que hace el autor entre esta política de vivienda y la situación económica de la ciudad. El gran *boom* de la industria automovilista reunió grandes cantidades de trabajadores blancos y negros (los últimos provenientes de los estados del sur) y alimentó sus esperanzas —aunque siempre a un nivel desigual con respecto a blancos y negros— de un futuro de plenitud y seguridad.

Fue el proceso de desindustralización —el cierre de plantas de producción y su relocalización en otros lugares, por ejemplo en las maquiladoras de México—, lo que llevó hasta sus últimas consecuencias la lucha por la vivienda en Detroit. Este proceso comenzó, insiste Sugrue, a principios de los años cincuenta en medio del gran milagro económico de los EUA. Mientras los economistas y sociólogos estaban celebrando el milagro económico, en nombre del "Sueño Americano", las industrias de Detroit y otros lugares de norte y medio oeste de EUA cerraron sus plantas en búsqueda de trabajadores más baratos y dóciles. Este contexto ayuda a explicar la vehemencia con la cual los residentes blancos defendieron sus propiedades en contra de los "agresores" negros. Ante la pérdida de un trabajo seguro y bien remunerado, los trabajadores de Ford o Chrysler vieron su casa como la última fuente de independencia y estabilidad. Siguiendo la lógica del mercado de bienes raíces temían, con cierta razón, la devaluación de su casa y jardín.

Las conclusiones del autor tienen implicaciones preocupantes para la sociedad norteamericana. Por un lado, sugiere que el racismo, o por lo menos la conciencia racial, forma parte fundamental del proceso de asimilación de inmigrantes en el *melting pot* estadounidense. La capacidad integrativa de esta sociedad "multi-cultural" llega a su fin cuando se trata de cuestiones raciales. Por otro lado, como ejemplo de un buen trabajo histórico, Sugrue advierte las distintas formas y contextos en los cuales el racismo se ha manifestado. El racismo de los blancos de Detroit dependió de varios factores: del sistema y estatus político local y federal, de la movilización comunitaria, de las condiciones económicas y de la visión ideológica de una generación especifica de ciudadanos norteamericanos.

Sugrue, con su análisis, contribuye a la revisión de la tradicional historiografía marxista que solía romantizar el activismo y la ideología de la clase trabajadora. Según el autor, la mayoría de los trabajadores y sindicatos en Detroit, se identificaron primero en términos de raza y después en términos de clase social. Así, el autor ofrece una poderosa interpretación del impresionante debilitamiento del sindicalismo estadounidense en las últimas décadas. Referencias a la intransigencia del capital altamente organizado (y ¡móvil!) y a la hostilidad hacia los sindicatos del gobierno, no son suficientes para entender el "conservadurismo" del trabajador estadounidense.

Quizá, la critica esencial de este trabajo se refiera a la naturaleza de la democracia estadounidense. En este estudio vemos cómo todos los elementos de democracia que estamos acostumbrados a apreciar —y que forman parte de la propaganda del gobierno estadounidense—, como son la participación activa y directa de los ciudadanos, la independencia y alta organización de la sociedad civil, una conciencia de los derechos constitucionales por parte de los ciudadanos, fueron utilizados para fines nada laudables como fue la segregación y discriminación racial. Sin dejar de valorar la importancia de una ciudadanía activa y una sociedad civil despierta, debemos enfrentarnos con la complejidad del proceso de democratización y rechazar recetas fáciles. Esta es, sin duda, una de las lecciones del libro de Sugrue.